

EL PRESIDENTE QUE VENCIO A LA GUERRA



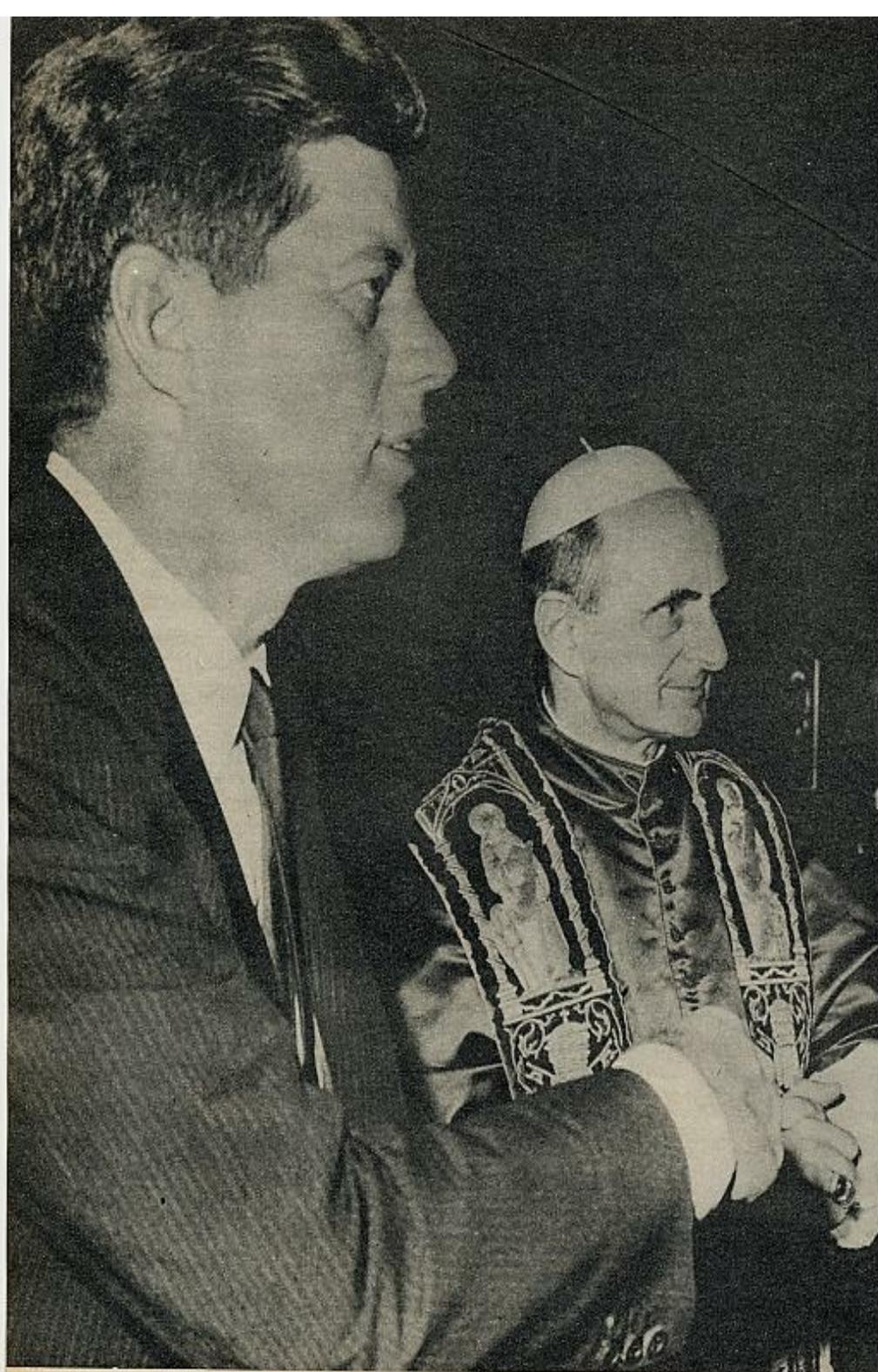
EN 1958 Juan XXIII fue elevado al solio pontificio. El mismo año, Nikita Kruschev era nombrado Primer Ministro de la Unión Soviética. Dos años después, en 1960, el senador Kennedy ganaba las elecciones presidenciales en los Estados Unidos que le permitirían gobernar desde el mes de enero de 1961. Las tres potencias más formidables de la tierra renovaban sus jefes con poco tiempo de diferencia y se producía entre ellos una conjunción casi astrológica que iba a permitir lo que parecía imposible durante los largos y peligrosos años de la guerra fría: la esperanza de paz. Esta trilogía acaba de ser destruida: Kruschev es el único superviviente del triunvirato de la paz. Kennedy ha muerto trágicamente unos meses después que Juan XXIII.

SE pueden recordar brevemente las circunstancias de esta conjunción histórica. Kruschev, después de las cambiantes circunstancias interiores de su país producidas por la muerte de Stalin, lanza una nueva fórmula política: la coexistencia pacífica. La doctrina se acoge en Occidente con desconfianza. Una sola persona cree en sus posibilidades: Juan XXIII. Un Pontífice menos abierto a lo humano que él, más entregado a una misión divina, la hubiera rechazado. Al aceptarla, Juan XXIII pensaba, exactamente como todo el mundo occidental, que podría tratarse de una trampa, pero tuvo la clarividencia suficiente como para advertir que, aunque fuese así, el propio hecho de acoger como posible la doctrina, forzaría a Kruschev a mantenerla, con indudable beneficio para el mundo. Sin embargo, los Estados Unidos no la aceptaban. En la Presidencia de los

Estados Unidos había otra conjunción negativa: Eisenhower, el vicepresidente Nixon, el secretario de Estado John Foster Dulles. Practicaban la «política del borde del abismo» y no supieron salir de ella a tiempo: perdieron las elecciones y perdieron, al mismo tiempo, sus carreras políticas (Foster Dulles murió poco después). La presión de la coexistencia llevó al pueblo americano a votar al joven Kennedy y a la política democrata: una apertura hacia la paz y al liberalismo.

un hombre que cambiaba todo

KENNEDY representaba en aquel momento para el pueblo americano muchas cosas. En primer lugar, el saldo de los grandes hombres de la guerra —Roosevelt, Eisenhower, Truman fueron los nombres de una emergencia, como lo **SIGUE**



El Presidente Kennedy, primer católico que ocupa la más alta magistratura estadounidense, es recibido en audiencia por Pablo VI, continuador de la línea abierta y conciliadora del inolvidable Pontífice Juan XXIII.

fue en Gran Bretaña Churchill del que los británicos se desprendieron a tiempo, como los franceses liquidaron a De Gaulle que iba a pasar once años en el ostracismo hasta que otra guerra, la de Argelia, le devolviese el poder— y el asalto entero de una generación. Kennedy aparecía como un hombre sin compromisos, sin peso pasional, independiente y libre.

No hubo decepción para los americanos. Primero lentamente, luego, en los últimos meses, casi con una vertiginosa rapidez, Kennedy fue cambiando el rostro del mundo. Al poco tiempo de jurar su cargo, el 3 de junio de 1961, aceptaba físicamente la mano tendida de Krushev, en la entrevista de Viena. Los acuerdos de entonces fueron nulos o encubiertos: pero la entrevista

rompió el hielo. Kennedy siguió manteniendo sus alianzas tradicionales y los organismos creados por la guerra fría: la NATO, los pactos militares regionales, el apoyo a Alemania Federal como avanzada militar de Occidente. Los pasos de Kennedy son prudentes, pero directamente encaminados hacia un fin, hacia una utopía que iba a dejar de serlo: el gran acuerdo entre los Estados Unidos y la URSS.

el desafío de francia

UN enemigo le saltó al camino: el general De Gaulle. De Gaulle no ha podido librarse de su personalidad adquirida en la segunda guerra mundial. De

Gaulle temía que una alianza entre los dos grandes bloques dejase a Europa desamparada. Temía que hubiese, que llegase a haber con el tiempo, una especie de reparto del mundo, de zonas de influencia, por el cual Europa entera fuese a parar a la zona de influencia soviética mientras que América y una parte de África cayese bajo el poder de Estados Unidos. Al mismo tiempo surgió en él la noción de Francia como cabeza de un tercer mundo europeo, con una fuerza atómica, y él como nuevo Carlomagno, como nuevo jefe del nuevo Sacro Romano Imperio. Esto llevó a De Gaulle a la actitud aberrante de mantener una política de guerra fría y a desafiar a Kennedy. El joven Presidente acogió este desafío con serenidad y no influyó absolutamente en la continuación de su política. La coexistencia se prolongaba, con altibajos. Hasta que llegó un momento dramático: la crisis de Cuba, en otoño de 1962.

la oscura historia de cuba

FUE precisamente este acontecimiento el que situó al mundo a un minuto de la guerra termonuclear, el que marcó la inclinación decisiva de Kennedy hacia la paz. Se ha escrito mucho acerca de aquel momento histórico, y probablemente no se ha escrito nunca la verdad. La verdad profunda se ignora aún. Se dice que Kennedy y Krushev estaban en comunicación desde antes de la crisis de Cuba, y que la mantuvieron constantemente durante ella; se ha dicho que todos los movimientos de Kennedy en aquellos días estaban previamente aceptados por Krushev y que tendían a dar al Presidente una sensación de firmeza frente a la oposición interior que había provocado la crisis. Es indudable que hubo un oscuro complot entre los supervivientes de la guerra fría y algunos militares del Pentágono para crear la crisis y darle publicidad, y para forzar a que Kennedy llegase a la invasión de la isla. El Presidente maniobró con una habilidad admirable, quizá secretamente sostenido por Krushev, para ofrecer

Kennedy y De Gaulle discrepaban en muchos puntos fur NATO... Sin embargo, el Presidente francés ha rendido



el espectáculo de una posición enérgica y dura, pero sin llegar a la invasión de Cuba y ningún acto irreparable. Al contrario, sobre este susto del mundo, Kennedy acentuó su política pacifista. Sacó del momento varias enseñanzas. Una de ellas debió ser cómo se paraliza el corazón cuando la mano se acerca al teléfono que debe desencadenar la guerra atómica. Otra, la certidumbre de que su país iba a ser igualmente destruido. La tercera, el espectáculo de la defección de sus más inmediatos aliados, que comenzaron ya a decir y a dejar decir que no estaban dispuestos a morir por Cuba, que se trataba de un asunto puramente americano que no debía implicar la entrada en guerra de Europa...

un año decisivo

REPITO que la historia de aquellos quince días trágicos no está escrita, y pasarán quizá muchos años hasta que se escriba; pero que, desde aquel momento, arranca la verdadera carrera hacia la paz de Kennedy, no ya en competencia con Krushev sino junto a él. Este año que ha transcurrido desde entonces ha sido el gran año de Kennedy. El año del «teletipo rojo» que podía mantenerle en contacto directo con el Kremlin, el año de la firma del tratado de prohibición de pruebas nucleares. Y, al mismo tiempo, la preparación de una serie de acuerdos generales con la URSS, el cambio político de Alemania Federal que permitía que un canciller nuevo, Erhard, desgajase a su país de la estela en que De Gaulle quería situarle para seguir el nuevo camino de la coexistencia: el año que le abocaba a un cambio político en Gran Bretaña con el mismo signo de su política. Iba a comenzar sobre estas bases su campaña electoral, y sobre una base de política interior que no desmentía su figura liberal y humanista: la liberación de la raza negra, sometida a los blancos en el Sur. La misma entereza, el mismo valor político para romper con el pasado que había mostrado en la escena internacional, dirigía sus actos en la lucha antirracista.



Kennedy y Krushev en su primer encuentro, en Viena, en junio de 1961. Todo un símbolo de una política de coexistencia que, contra viento y marea, iba a instaurarse en el mundo, cuya continuidad es problemática...

la historia no retrocede

CON todo esto ha terminado la bala en el cerebro. La muerte de Juan XXIII abrió un inmenso vacío en el mundo del que todavía no nos hemos repuesto. Sin embargo, la política vaticana no es personalista hasta el punto de la política de Estados Unidos. Es probable que Juan XXIII estuviese encauzando a la Iglesia por un camino aceptado ya por la misma base de la Iglesia, como ha parecido demostrar la elección de monseñor Montini. Hay un ritmo vital en la Iglesia católica que es lento, seguro, claramente determinado; en la política americana dotada de todo lo efímero de la civilización moderna, el ritmo es otro. Quiero decir con esto, que la muerte de Kennedy puede

tener un impacto más grave en la conducción del mundo que la de Juan XXIII. El triunvirato de la paz quedó momentáneamente roto con la muerte de Juan XXIII; con el asesinato de Kennedy queda virtualmente deshecho. La gran conjunción ha durado prácticamente un año.

Ahora bien, no hay que pensar por ello que la historia da marcha atrás. Un pensamiento predilecto de Kennedy era éste: que el futuro lejano no le causaba temor, porque lo veía claramente inscrito en la paz; que todos sus temores residían en el futuro inmediato. Ninguna reflexión mejor se puede hacer en la hora de su muerte. Si la historia es irreversible, es cierto que avanza en zigzag, y que ahora puede sufrir un tiempo de regresión.

FIN

lamentos de la política occidental: desarme atómico, un elogioso tributo fúnebre a su colega americano.

